Los resultados electorales del 12-M

El día 12 de marzo se celebraron, coincidiendo con las generales, elecciones autonómicas en Andalucía. Con tal motivo, pedimos un comentario sobre la respuesta electoral en ambos comicios a Isidoro Moreno, catedrático de Antropología en la Universidad de Sevilla, y comentarista habitual en la prensa andaluza.

perspectivas desde Andalucía

Isidoro Moreno

Las pasadas elecciones, tanto generales como andaluzas, han reflejado, por encima de todo, un hecho evidente: el aumento espectacular del número de potenciales votantes que se han abstenido, han votado en blanco o han anulado su voto. La diferencia respecto a los comicios de cuatro años antes ha sido de alrededor de diez puntos, y nadie pone en duda que la gran mayoría de esos millones de ciudadanos que han decidido conscientemente no echar en las urnas papeleta alguna lo han hecho por no encontrar ninguna opción partidista, con posibilidades de algún éxito, que responda siquiera mínimamente a su ideología y al comportamiento exigible, interno y externo, de cualquier organización que se reclame "progresista".

No creo descaminado afirmar que, en estas elecciones, IU le ha hecho el gran favor a muchos de sus posibles, y anteriores, electores de despejarles las dudas, ya existentes en pasadas elecciones, sobre si abstenerse o volver a darle el voto más con el corazón que con la inteligencia. Su errática trayectoria política, el rodillo que, en su organización interna, ha venido practicando desde el principio, y de forma creciente, el viejo y esclerotizado aparato del PCE, y, sobre todo, su explícita instalación, a pocas semanas del 12 de marzo, en la misma *orilla* que el PSOE, han sido la gota que ha colmado el vaso de la paciencia de millones de electores que, esta vez, se han negado a dejarse llevar de nostalgias, esperanzas ilusorias y sentimientos "religiosos" de culpabilidad, y han optado por ejercer la higiénica manía de pensar, decidiendo, precisamente por ello, no dar su voto a quienes se presentaban como un apéndice vergonzante del "psocialismo".

Por ello, es un ejercicio de autismo político la afirmación, que han repetido sus dirigentes como supuesta explicación de la debacle electoral, de que «*la abstención nos ha perjudicado*». Como si la abstención consciente y el voto en blanco fuesen meteoros o circunstancias ajenas a la política, imposibles de prever. Como si fueran un pedrisco o una helada que impidiera recoger la cosecha para la que se habría estado adecuadamente trabajando.

La falta de análisis de los resultados

Lo que me parece más interesante subrayar de los resultados de las recientes elecciones es, precisamente, el análisis, o, por mejor decir, la casi total falta de análisis, y los comentarios surrealistas, cuando no directamente desvergonzados, que se están haciendo sobre ellos. Valga un ejemplo para demostrarlo. Cuando se afirma que el PP ha conseguido mayoría absoluta en las elecciones, ¿qué es cierto y qué es falso en esta afirmación? Desde luego, no es verdad que más de la mitad de los electores le hayan dado el voto. Tampoco, que al menos la mitad más uno de quienes han votado eligieran su papeleta. Sí es cierto, sin embargo, que ese partido va a tener mayoría absoluta en el Congreso de los Diputados. No hay que minusvalorar esto último, pero ello no hace que el PP tenga el apoyo de la mayoría absoluta de los ciudadanos del Estado. Ni que su ideología y su proyecto tengan mayoría absoluta en la ideología del conjunto de la sociedad. Afirmar lo uno y lo otro, como suele hacerse, es defender una falsedad; y ello no sólo porque las leyes electorales no respeten el que los votos se traduzcan proporcionalmente en escaños, sino porque la realidad es que el PP no ha conseguido más que aproximadamente un 30% del total de votos posibles, lo que queda muy lejos de la pretendida mayoría absoluta que se pregona.

Las cuentas son claras: ¿a qué porcentaje real de ciudadanos de carne y hueso, cada uno con sus problemas y su forma de pensar, corresponde ese 44,5% de votos logrados por los populares? Pues a un 44,5% sobre un 67,7%, que es el porcentaje de votantes que no se han abstenido, votado en blanco o anulado el voto. Dicho más gráficamente: no llegan a tres de cada diez ciudadanos los que han votado al PP. Que no es poco, desde luego, pero dista mucho de ser la mayoría absoluta de la población. Un tercio de ésta se ha abstenido de votar, ha votado en blanco o ha depositado un voto nulo. ¿Por qué, entonces, si el Parlamento es definido como el reflejo de la voluntad popular no mantiene, por ejemplo, un ter-

> *Como si la abstención consciente y el voto en blanco fuesen meteoros o circunstancias ajenas a la política, imposibles de prever.*

cio de sus escaños vacío? En cualquier caso, el PP tiene en los próximos cuatro años la mayoría absoluta de las voluntades de los parlamentarios, pero no la mayoría absoluta de las voluntades de los ciudadanos. Y como la vida, y los problemas, no son sólo como se los define en la madrileña Carrera de San Jerónimo, pues resulta que las leyes que de allí salgan no tienen por qué contar con el apoyo mayoritario del país, incluso si todos los electores de Aznar fueran siempre de una fidelidad inquebrantable.

Avances y retrocesos

Tampoco se han planteado con claridad los casos en que se han producido realmente avances electorales y los casos en que ha habido retrocesos. Perdiendo 150.000 votos respecto a las anteriores elecciones andaluzas, y habiendo crecido el censo en Andalucía varios cientos de miles de electores, Chaves ha presentado estos resultados como una gran victoria. Y nadie le contradice, porque el número de sus diputados en el Parlamento autónomo sigue siendo el que antes tenía, 52, debido a la muy alta abstención. Pero la realidad es que el apoyo al PSOE del conjunto de los ciudadanos andaluces ha bajado significativamente.

Y no digamos nada respecto a la satisfacción ante los resultados expresada por Rojas-Marcos y otros miembros de su partido: sólo han conseguido 10.000 votos más que en el 96, lo que no es precisamente para repicar campanas, aunque ello le haya supuesto un diputado en Madrid y cinco en el Parlamento autonómico con los que volver a intentar, otra vez, conseguir beneficios por regalar sus votos al PSOE, garantizando a Chaves la mayoría absoluta en Andalucía. Satisfacción cara afuera que contrasta con la situación de aguda crisis desencadenada en ese partido, desde la noche misma de las elecciones, por las críticas de Pedro Pacheco –el alcalde de Jerez candidato a la presidencia de la Junta– y, sobre todo, por la rebelión de un buen número de organizaciones locales y comarcales contra quienes gobiernan dictatorialmente el PA desde sus comienzos. Satisfacción que pierde, también, toda motivación sólida si se considera que en lugares tan emblemáticos como la ciudad de Sevilla ha perdido más de la cuarta parte de los votos que tuvo en las elecciones anteriores.

Es la obsesión electoral, la obsesión prácticamente exclusiva por los votos, lo que hace, por ejemplo, que en IU no se vean incluso las realidades más evidentes. Me resultó patético, en este sentido, el comentario de Víctor Ríos de que le había «*llamado la atención el que no se acercaran a votar muchos jóvenes de los que estaban junto a los colegios electorales, recogiendo firmas para la anulación de la deuda externa de los países del Tercer Mundo*». El comentario refleja una ceguera casi increíble respecto a cómo funciona hoy nuestra sociedad y a cómo piensan y a qué están dispuestos, y a qué no, los jóvenes solidarios y los ya no tan jóvenes con valores de izquierda. Que, por tenerlos, no votan ni a la supuesta izquierda del PSOE ni a la supuesta izquierda "plural" que ha predicado en la campaña IU y en la que siguen insistiendo sus dirigentes. En este sentido, es casi cómica la actitud de Antonio Romero en Andalucía, entrando en pugilato con el PA para ofrecerse al PSOE prácticamente sin condiciones, no sólo durante la campaña, sino también ahora, tras el descalabro.